Capítulo general de 1986

MISIONEROS EN EL HOY DEL MUNDO

Capítulo general de 1986

MISIONEROS EN EL HOY DEL MUNDO

MISIONEROS OBLATOS DE MARÍA INMACULADA
Via Aurelia 290, 00165 Roma - Italia

1.
MISIONEROS EN EL HOY DEL MUNDO

INTRODUCCIÓN

1. El llamamiento de Jesucristo a tener parte en su misión resuena sin cesar en el corazón de los Oblatos. Hoy como ayer, este llamamiento nos llega a través de las necessidades de salvación de los hombres.

2. Como nuestro Fundador, estamos persuadidos de que la necesidad primera de los hombres es saber «quién es Jesucristo». Nuestra misión es ante todo dar a conocer a Jesucristo y su Reino a los que no le conocen y a los que han olvidado la esperanza que él nos trae, llevándolos así a la plenitud de la vida.

3. Nuestra misión se ejerce en un tiempo determinado, un hoy en que necesidades particulares interpelan nuestra actividad de evangelización.

4. Reunidos en Capítulo general y portadores de lo vivido, de los deseos e interrogantes de nuestras Provincias, nos hemos puesto a escuchar al mundo de hoy y sus necesidades particulares de salvación. Hemos intentado discernir los desafíos principales que presenta este mundo a nuestra obra de evangelización; nos hemos preguntado cómo ser, siempre más, misioneros hoy.

5. Al término de un discernimiento colectivo, hemos oído y retenido seis llamadas particular-

mente urgentes. Para responder a las mismas, creemos que nuestra misión debe ser cada vez más:

- misión con los pobres, integrando el ministerio por la justicia;
- misión en un mundo considerablemente secularizado;
- misión adaptada a la diversidad de las culturas;
- misión en colaboración con los laicos;
- misión realizada en la Iglesia;
- misión en comunidad apostólica.

6. Esforzándonos por responder a estas llamadas, no hemos perdido por eso de vista las prioridades de siempre como la formación y la búsqueda de las vocaciones. Nuestra misión, en efecto, sólo tendrá futuro si puede contar con efectivos bien formados y constantemente rejuvenecidos.

7. Repetidas veces nos remitimos a nuestra regla de vida. Esas citas no son simples repeticiones, sino que quieren expresar nuestra adhesión profunda a las Constituciones y Reglas y sobre todo nuestra voluntad de actualizarlas.

8. Las páginas que siguen son invitación a la acción, llamada a un impulso misionero renovado, en el hoy del mundo.

9. El presente documento comprende siete partes. Las seis primeras constituyen un todo; presentan sucesivamente seis desafíos particulares que interpelan nuestra acción misionera. En cada una de ellas se sigue el proceso en

tres tiempos adoptado por el Capítulo general para el estudio de los temas en cuestión:

- mirada a la situación en juego;
- reflexión a la luz de la Palabra de Dios y de nuestro carisma oblato;
- invitación a la acción, en forma de recomendaciones.

La última parte presenta una estructura particular. Mientras que cada uno de los seis aspectos de la misión era estudiado por una comisión capitular diferente, todas las comisiones, desde su punto de vista, se han preocupado de la formación y de las vocaciones. El conjunto de esta reflexión forma el contenido de la parte: «Nuestra misión y su futuro».

I - MISIÓN, POBREZA Y JUSTICIA

Llamadas de los pobres

10. El foso siempre mayor entre ricos y pobres en el mundo de hoy es un escándalo ante el que no podemos permanecer indiferentes. En el Tercer mundo, vemos considerablemente extendidas la miseria, el hambre, la mortalidad infantil, la opresión. En los países desarrollados, el deseo de lucro, la competencia, las tensiones engendran un sinnúmero de nuevos pobres y a menudo sin voz: parados, refugiados políticos, minorías despreciadas. Por todas partes en nuestro mundo, reina una forma seria de pobreza: la ignorancia del Evangelio y la pérdida de toda esperanza religiosa.

11. Las causas de la pobreza son numerosas y diversas. Catástrofes naturales, las sequías prolongadas por ejemplo, hacen precaria la situación de algunos pueblos. En muchos casos, los hombres mismos son responsables de la pobreza. El egoísmo y la avaricia son a menudo la fuente de estructuras económicas y políticas injustas, sin ninguna preocupación por la dignidad humana. «La probreza encuentra en muchos casos su origen y su apoyo en mecanismos que, impregnados no de un humanismo auténtico, sino de materialismo, producen a nivel internacional ricos cada vez más ricos a expensas de pobres siempre más pobres» (Documento de Puebla, n. 2601).

12. Ante esta situación, los pobres no permanecen pasivos, sino que se organizan para tomar las riendas de su vida. Son apoyados por organismos diversos y por las iglesias cristianas que perciben en la promoción de la justicia una auténtica realización de su fe en Cristo. En varios países, muchos hombres de buena voluntad, sobrepasando sus preocupaciones locales, promueven la comprensión y la solidaridad con la naciones pobres. Algunos Oblatos, en su acción misionera, se identifican «con los pobres hasta el punto de compartir su vida y su compromiso en pro de la justicia» (R 9).

Pobres, Palabra de Dios y carisma oblato

13. Mientras dure esta situación, resonará en nuestros oídos la pregunta hecha a Caín: «¿Qué has hecho con tu hermano?» Creemos en el Dios del Éxodo, el Dios de ayer y de hoy, el Señor liberador de la historia, plenamente revelado en Jesucristo. En el Evangelio, Jesús se identifica con los hambrientos, los enfermos, los encarcelados. Quiere que se le vea en los que sufren, en los abandonados o perseguidos por la justicia.

14. Nosotros los Oblatos somos enviados a evangelizar a los pobres y más abandonados, es

decir, anunciar a Jesucristo y su Reino (C 5), ser testigos de la Buena Noticia en el mundo, suscitar acciones capaces de transformar a personas y sociedades, denunciar todo lo que obstaculiza la llegada del Reino.

15. Eugenio de Mazenod nos ha abierto el camino entregándose al servicio de los pobres y grupos más abandonados de Provenza, para anunciarles el Evangelio.

16. Escogemos ser pobres para entrar más perfectamente en comunión con Jesús y con los pobres (C 20). Queremos estar cerca de ellos para compartir lo que tienen y tenemos, para aprender a mirar la Iglesia y el mundo desde su punto de vista y verlos a través de la mirada del Salvador crucificado (C 4). Somos así evangelizados por ellos y llegamos a ser, entre ellos, mejores testigos de la presencia de Jesús que se hizo pobre para liberar a la persona humana y a la creación entera.

Posturas

17. Creemos que hemos de dar al mundo un testimonio de desprendimiento evangélico. Lo haremos si sabemos animarnos sin cesar e interpelarnos mutuamente a una conversión en este campo.

18. Cuando anunciamos al Dios Liberador, nuestra palabra sólo puede tener fuerza y credibilidad si nuestras comunidades se distinguen

como lugares en que se vive esta liberación. No podemos predicar un Dios que se hace pobre sin ponernos a seguirlo de hecho y de verdad.

19. Allí donde los pobres tratan de tomar las riendas de su futuro, nos solidarizaremos con los movimientos populares no violentos que juzgamos, después de discernimiento, estar al servicio de la justicia. Sabremos apoyar a los dirigentes en la tarea.

20. Estamos dispuestos a aceptar las consecuencias de nuestras posturas en favor de la justicia. Apoyaremos a los Oblatos que deben sufrir a causa de tales compromisos así como a los pobres con los que se han solidarizado.

21. Creemos que las Comunidades eclesiales de base son espacios privilegiados que permiten a los cristianos, sobre todo a los pobres, expresarse y vivir a un tiempo su fe y su vida.

22. Rendimos homenaje a aquellos de los nuestros que son misioneros «ad gentes» y al impulso misionero que siguen dando a la Congregación. Queremos continuar este mismo servicio de la Iglesia. Conforme a nuestra vocación, aceptaremos las misiones "ad gentes" las más pobres y las más abandonadas.

Recomendaciones

23. Pedimos que cada Oblato se deje cuestionar, en la oración, por la llamada a servir a los pobres y a los más abandonados.

24. A la luz de esta misma llamada, pedimos a todos los Oblatos, individualmente y en comunidad, que reevalúen su estilo de vida y los bienes para su uso. La preocupación por ser fieles a las exigencias de la vida religiosa y de testimoniar el Evangelio sean los móviles de dicha reevaluación.

25. Alentamos a los Oblatos a establecer sus comunidades en los barrios pobres. Compartiendo así la vida de los pobres, podrán anunciarles más plenamente «la presencia liberadora de Jesucristo» y acompañarlos en sus esfuerzos por construir «un mundo que nace de su resurrección» (C 9). Podrán así más fácilmente acoger a los pobres (C 41) y aprender de ellos «la paciencia, la esperanza y la solidaridad» (C 20).

26. Los bienes de la comunidad «son en cierto modo patrimonio de los pobres» (R 14). Seguiremos compartiendo con ellos nuestros recursos, en dinero, en personal y en otros dominios.

27. En nuestro ministerio, aprovecharemos toda ocasión para invitar a los cristianos a actuar en favor de los pobres. Los ayudaremos también a darse cuenta de que pueden, incluso sin saberlo, ser causa de pobreza por sus actitudes, los valores que defienden, su estilo de vida, sus opciones sociales y políticas. Este mismo discernimiento lo aplicaremos a nosotros mismos.

28. Instamos a los Oblatos a estudiar, con los pobres y otros cristianos comprometidos, las

causas de la pobreza, en particular las causas estructurales, profundizar igualmente en el aspecto moral de ciertas cuestiones que influyen en la suerte de las naciones pobres, particularmente el pago de su deuda por los países del Tercer Mundo y las condiciones injustas de los intercambios comerciales entre países ricos y países pobres.

29. Afirmamos el derecho de los pueblos a su autodeterminación; los acompañaremos en sus esfuerzos para obtenerla.

30. Nuestra Congregación está extendida por los cinco continentes. Nuestra solidaridad internacional nos permite concientizarnos mutuamente sobre acontecimientos o situaciones que ponen en juego la justicia. Seguiremos suscitando y apoyando iniciativas como la red «Justicia y Paz» y el diálogo iniciado por los Oblatos de las dos Américas.

II - MISIÓN Y SECULARIZACIÓN

Un mundo secularizado

31. Vivimos en un ambiente secularizado o en vías de estarlo. A medida que el urbanismo progresa y la ciencia y la técnica penetran los espíritus y transforman radicalmente las condiciones de vida, la secularización llega a ser un fenómeno universal. Afecta a todas las realidades de la vida y configura un nuevo tipo de persona que, preocupada por su autonomía y sentido de los valores terrenos, trata de tomar las riendas de su destino. Lo que no se ve directamente al servicio de estos objetivos es cuestionado o incluso abandonado por la sociedad global. Todas las religiones y las grandes ideologías se ven confrontadas con este desafío de la secularización.

32. El Vaticano II la califica de verdadera metamorfosis social y cultural cuyos efectos repercuten hasta en la vida religiosa (GS 4,2). Un cambio así provoca una crisis profunda de los valores tradicionales, pero abre también nuevos horizontes a la humanidad. De ahí que sea a la vez fuente de temores y de esperanzas.

33. En la medida en que el fenómeno de la secularización tiende a dar a las realidades temporales su autonomía legítima y reconoce en ellas las leyes del Creador que las rigen, no es en modo alguno incompatible con la fe o la religión (EN 55). Desgraciadamente cae insensiblemente a veces en el secularismo que propone una concepción de la sociedad sin referencia a Dios, resultando éste «superfluo y hasta un obstáculo» (ibid.) El ateísmo encuentra en este deslizamiento hacia el secularismo un terreno abonado (Pablo VI, AAS LXIII, 1971, p. 283).

34. En un mundo en que la referencia explícita a Dios desaparece progresivamente y en que las estructuras religiosas dejan de ser un marco indispensable para la vida social, los creyentes mejor formados pueden encontrar una ocasión de purificar su fe, pero otros muchos desgraciadamente, privados de un soporte sociológico religioso, caen fácilmente en la indiferencia o en el ateísmo práctico.

35. Rostros de la secularización

a) En un mundo secularizado y a veces secularista, ya no se habla de Dios. El sistema tradicional de valores se encuentra enormemente quebrantado, al estar a menudo fundado en la fe o la religión. La búsqueda de un nuevo consenso apenas es favorecida por la rapidez de las mutaciones sociales.

b) Mientras que algunos se adaptan con facilidad a esta situación y encuentran ahí su equi-

librio, otros son presa del miedo y la ansiedad. Están desorientados y ya no se sienten dueños de su destino, ni capaces de seguir la evolución de la sociedad.

c) La pérdida de los valores tradicionales deja la puerta abierta a otras formas de felicidad ofrecidas por la sociedad de consumo: búsqueda de facilidades, dinero, comodidad, materialismo. Decepcionados al no encontrar ahí la felicidad, algunos se refugian en el alcohol, el erotismo y la droga.

d) En un mundo marcado por la ciencia y la técnica, la presentación del cristianismo con insistencia en lo sensacional y maravilloso repugna al hombre moderno. Tal enfoque tiende a favorecer mucho más el escepticismo que la fe.

e) La secularización obliga al abandono de lo seudosagrado y a volver a lo esencial de la fe. Desgraciadamente, si provoca el abandono de lo que es verdaderamente sagrado, la persona se expone a sacralizar algunos elementos de la sociedad misma, por ejemplo, el progreso, la raza, la seguridad nacional, la libertad individual y la ganancia.

f) En un mundo en que todo es pasajero, ya no se cree posible comprometerse para toda la vida. No se quiere dar palabra para un futuro imprevisible.

g) En un mundo secularizado, el Estado se hace cargo de la mayoría de las instituciones benéficas en otro tiempo competencia de la Iglesia. El misionero, en adelante, tendrá a menudo que insertarse en estructuras que ya no pertenecen a la Iglesia.

h) Nuestro mundo actual posee numerosos organismos preocupados por problemas fundamentales que trascienden las fronteras confesionales, geográficas y culturales, por ejemplo, la paz, el desarme, el respeto de los derechos humanos, la promoción de la mujer, la alimentación en el mundo y la salud. Estos movimientos, en que trabajan codo a codo creyentes e increyentes pertenecen a la humanidad entera.

Actitudes oblatas

36. Conscientes de que la evolución actual es ambigua, hemos de descubir los valores positivos del mundo secularizado. Por cierto que, a veces, es difícil hacer luz y no tenemos respuestas hechas para los interrogantes del mundo, reconociendo, pues, con toda humildad nuestras limitaciones (C 20).

37. Sería inútil lamentarse del mundo y querer huir de él. Para los Oblatos, cooperadores de Jesucristo en su obra de salvación (C 1 y 2), este mundo no puede ser tierra extraña. Formamos parte de él y experimentamos sin cesar su influjo, para bien o para mal.

38. Con corazón abierto y bien dispuesto a escuchar, ejercemos nuestra misión en este mundo al que Dios ama y por la salvación del cual ha enviado a su Hijo. Porque si bien

este mundo está herido por el pecado y sus consecuencias nefastas, Dios está presente en el corazón de todos aquellos que trabajan por el bien de la humanidad, a menudo sin haber oído la Buena Noticia.

39. El discípulo de Cristo lleva al mundo un mensaje de alegría y de reconciliación. El amor misericordioso de Cristo y su disponibilidad con la gente son ideales para el misionero que se quiere presente en el mundo secularizado, ya visiblemente como luz sobre el monte, o invisiblemente como levadura en la masa.

40. La conciencia de nuestras limitaciones no nos impide predicar en este mundo frecuentemente dividido la reconciliación y la fuerza salvadora de Jesucristo resucitado (C 4). Dicha fuerza nos permite, a ejemplo del Fundador, intentarlo todo para llevar a las personas «especialmente a los pobres, a la plena conciencia de su dignidad de seres humanos e hijos de Dios» (C 8). Esta misma fuerza funda la esperanza que queremos llevar al mundo.

Estrategias pastorales en un mundo secularizado

41. A nuestro mundo que se desintegra, ofrecemos el testimonio de una vida unificada en Jesucristo (C 31).

42. En un mundo agitado y tenso, llevaremos la serenidad de nuestra fe en un más allá que

da sentido a la existencia del hombre nuevo, nacido de la secularización.

43. En el anuncio explícito del Evangelio, especialmente allí donde según nuestra tradición oblata (R 2), la predicación de misiones ocupa el primer lugar en la actividad apostólica, procuraremos alimentar en los cristianos una fe sólida que pueda expresarse con valentía incluso cuando el contexto social no le presta ningún apoyo.

44. En algunos ambientes más indiferentes en que reina un ateísmo práctico, se imponen gestos valientes y testimonios claros de amor y de solidaridad. Hay que apoyar y alentar a los Oblatos a quienes el Espíritu impulsa a integrase en estos ambientes a través de un trabajo profesional o técnico. Su difícil misión dará otro aspecto a la Iglesia y la hará más creíble.

45. Nuestra fe será visible. Una amistad sencilla y franca con la gente, sin atisbos de proselitismo, puede ser más eficaz que muchas palabras. Por la intensidad con que vivimos los valores evangélicos, de modo que sean comprensibles hoy, podemos revelar indirectamente al «dios desconocido» (Hch. 17, 23) al que muchos buscan sin saberlo.

46. Para llegar a este mundo nuevo modelado por la ciencia y la técnica, no vacilaremos en utilizar los signos y símbolos tradicionales aún significativos e inventar nuevos adaptados a la mentalidad y sensibilidad de las personas.

47. Para nosotros, Misioneros Oblatos, el signo más fundamental es siempre la comunidad. La vida comunitaria centrada en los votos impugna los abusos de la sociedad de consumo, el ansia de dominio y la exaltación del erotismo. El voto de perseverancia, en un mundo incapaz de comprometerse de un modo permamente, es un símbolo de fidelidad que interpela.

48. En algunos lugares de gran afluencia, como aeropuertos, grandes almacenes, hoteles, hay a veces espacios acondicionados para el recogimiento y la oración. Nos prestaremos de buen grado para este apostolado.

49. Algunas obras particulares como lugares de peregrinación, centros de renovación cristiana, Comunidades eclesiales de base o equivalentes, lugares de recogimiento, de oración y de asesoramiento, serán para nosotros lugares importantes de formación y de profundización de la fe.

50. Nos comprometeremos en los movimientos en favor de la paz, de los derechos humanos u otros valores semejantes, para avivar dichas causas con la levadura del Evangelio. En nuestro mundo a veces hostil a la Iglesia y preocupado por guardar las distancias de lo institucional y de los que ejercen la autoridad, los Hermanos Oblatos tienen muchas veces una influencia evangélica que no podría tener el sacerdote.

51. Sabremos ser inventivos en la utilización de los medios de comunicación social para que, en lenguaje adaptado, los valores espirituales lleguen al hombre de hoy. Es indispensable una formación especializada para ser eficaces en este campo.

III - MISIÓN E INCULTURACIÓN

Culturas y su diversidad

52. La aspiración universal a la unidad entre los pueblos pone de manifiesto con especial agudeza la gran diversidad de las culturas: diferentes maneras de organizar la gente su vida y de darle un sentido, sus formas de reaccionar unos con otros y de expresar los valores que tienen en común. Esta diversidad de las culturas se hace más manifiesta por la migración de las poblaciones y la alienación de grupos frente a su propia cultura, como los pobres, los jóvenes, los obreros y otras minorías.

Las culturas modernas caracterizadas por una tecnología avanzada remodelan continuamente la conciencia de la persona humana y provocan cambios dramáticos en la manera de comprenderse a sí misma y de comprender al mundo. La evolución de las mentalidades ha sido de tal modo acelerada por el desarrollo de las técnicas y los medios de comunicación social que los valores religiosos están frecuentemente amenazados; incluso culturas y religiones antiguas se ven afectadas por lo mismo.

Valores oblatos y actitudes misioneras

53. En este contexto un desafío viene lanzado al Evangelio: penetrar una cultura determinada y echar raíces de modo que la fe se enriquezca cuando ésta se vive y se expresa en lenguajes, signos y símbolos nuevos. Éste es un desafío que la Iglesia ha aceptado en el Concilio de Jerusalén (Hch. 15, 1-29). Movida por el amor y la gracia del Espíritu Santo y obediente a Cristo en quien el amor de Dios se ha revelado, la Iglesia ha proclamado esta misma Palabra encarnada como viva y presente en la diversidad de los pueblos y de las culturas. Conscientes de que «la semilla de la Palabra» está ya presente en otras religiones y culturas (EN 53), nuestra tarea es entrar en diálogo con ellas para discernir los valores que sintonizan con el Evangelio. La Palabra de Dios es así una riqueza nueva y se convierte en el elemento más entrañable de la cultura a través de la cual un pueblo se comprende, establece relaciones, adora a Dios, organiza y celebra su vida.

54. «Hermanos míos, mis queridos hermanos, mis respetables hermanos... Sois hijos de Dios.» Con estos sentimientos y en la lengua del pueblo nuestro Fundador ha abordado la cultura y subculturas de su tiempo. Inspirados por este ejemplo, varios Oblatos han contribuido considerablemente a la valorización, desarrollo y evangelización de las culturas a las que habían sido enviados.

55. Para «fundar comunidades cristianas enraizadas en la cultura local» (C 7), los Oblatos deben estar «siempre cerca de la gente con la que trabajan» (C 8). En comunión con ellos y en actitud de profundo respeto, descubriremos nuevas facetas de las riquezas inagotables de Dios en los corazones, la historia y la religión de la gente; «aceptaremos dejarnos enriquecer...» y así escucharemos «de forma nueva el Evangelio que anunciamos» (R 8).

56. Esto requiere un profundo espíritu de fe por nuestra parte. Esta fe radica en la convicción de que podemos reconocer el Espíritu de Dios actuando en los pueblos de creencias y de culturas diferentes. En este encuentro con ellos estamos seguros de que encontramos a Dios. Compartimos nuestra fe con ellos y al mismo tiempo acogemos y alentamos todo lo bueno en su fe y su cultura. Incluso nuestra vida religiosa puede expresarse y vivirse por caminos resueltamente nuevos en culturas diferentes.

57. La inculturación no es sólo una manera de actuar; es también una manera de ser. Implica una espiritualidad que afecta a todo nuestro ser como a nuestra perspectiva misionera. Aceptamos ser interpelados por los demás y tener al mismo tiempo el valor de compartir nuestras propias convicciones, nuestros valores, lo que somos. Para apreciar otra cultura en su justo valor, debemos apreciar nuestra propia cultura. La inculturación no exige que renunciemos a lo que somos. De hecho, nunca jamás podremos asumir y asimilar completamente otra cultura. La inculturación requiere la espiritualidad del Oblato, totalmente a disposición de los demás, y con las disposiciones interiores de María.

Posturas

58. Creemos que la inculturación es una dimensión importante de la obra de evangelización y debe ser objeto de nuestras preocupaciones, sea cual sea el lugar en que ejercemos nuestra misión, Reconocemos también que el proceso de inculturación es complejo y no se lleva a cabo sin riesgos de ambigüedad.

59. Pensamos que los pueblos mismos son los primeros artífices de la inculturación. Los acompañaremos, pues, con humildad y confianza en sus esfuerzos por apropiarse el Evangelio y expresarlo en su cultura.

60. Recurriremos a todos los medios para comprender la cultura de aquellos a quienes somos enviados y anunciar la Palabra de Dios de una forma adaptada, lo que exige muchas veces valor y creatividad. Aprenderemos la lengua de los pueblos en que estamos de misión. Así favoreceremos la reexpresión de Jesucristo en su lengua y en sus símbolos.

61. La Congregación tiene compromisos históricos con algunos grupos étnicos (por ejemplo los indios e inuit del Canadá). Esta obra de evangelización, para ser sólida y duradera, deberá

ser compartida con otros obreros apostólicos: dirigentes locales, clero diocesano y demás comunidades religiosas.

62. Por último, reconocemos que nuestra misión implica la promoción de los valores del Reino ya actuando en las diferentes religiones y culturas. En la oración y el diálogo, sabremos colaborar con todos los hombres de buena voluntad para la construcción de un mundo mejor.

Recomendaciones

63. Procuraremos que todos los Oblatos, sean de la cultura que sean, se sientan plenamente en casa en la Congregación y particularmente en su comunidad local. Daremos a los Oblatos de los países recientemente evangelizados una formación adecuada que les permita acceder sin demora a puestos de responsabilidad en la formación y el gobierno.

64. Alentamos la prosecución de estudios sobre temas como «paralelismo» (práctica simultánea del catolicismo y otra religión sin que se integren), «sincretismo» (práctica de una religión en la que se entremezclan elementos provenientes del catolicismo y de otra religión), o también el ejercicio de la «curación» y algunas prácticas propias a culturas particulares.

65. Se dará una preparación adecuada a los Oblatos que deben entrar en contacto con una nueva cultura de modo que puedan

comprenderla y adaptarse antes de asumir una responsabilidad pastoral.

66. La Congregación alentará a algunos de sus miembros a especializarse en temas relacionados con la inculturación. De esa forma, podrá más fácilmente apoyar a los Oblatos que, en sus esfuerzos por inculturar el Evangelio, afrontan riesgos de ambigüedad.

67. Daremos en todas partes preferencia a los pobres y los marginados. No por eso dejaremos de hacer los esfuerzos necesarios para encontrar de un modo significativo las grandes culturas que influyen en la humanidad, por ejemplo, las de Asia o la nueva cultura occidental. Animamos a los Oblatos a experimentar una u otra gran cultura o religión a fin de poder entrar más fácilmente en diálogo con ellas.

IV - MISIÓN CON LOS LAICOS

Lugar de los laicos en la Iglesia

68. «La Iglesia entera es misionera» (EN 59). Asumimos nuestra parte de la misión con todos nuestros hermanos y hermanas del Pueblo de Dios, porque, sin ellos, la Iglesia no puede ser fiel a este deber fundamental.

69. Los laicos constituyen la inmensa mayoría de los miembros del pueblo de Dios, pero muchos de ellos no tienen parte activa en su vida. Muchos jóvenes ya no encuentran en la Iglesia el sentido que ellos buscan ni los desafíos que los estimulan. Las mujeres, en algunas regiones, están en el ministerio y la organización de la Iglesia, pero en otras partes no se reconoce suficientemente el papel que pueden desempeñar. La voz de los pobres, demasiado a menudo, no se oye allí donde se toman las decisiones en la Iglesia. Por último, algunas maneras de ejercer el poder y la autoridad en la comunidad eclesial son a veces un obstáculo para el pleno compromiso de los laicos. Todo esto explica en parte por qué algunos se alejan de la Iglesia.

70. La enseñanza de la Iglesia, concierna ésta a la dignidad y responsabilidad del bautizado dentro de la Iglesia, o a su misión en el mundo, es sin embargo precisa y vigorosa:

«La Iglesia no está verdaderamente formada, no vive plenamente, no es señal perfecta de Cristo entre los hombres, en tanto no exista y trabaje con la Jerarquía un laicado propiamente dicho» (AG 21).

71. Se hacen serios esfuerzos para garantizar a los laicos el lugar que les corresponde. Sin embargo, su vocación no puede aún mostrar todas sus posibilidades, y a veces es incluso completamente dejada de lado.

Valores oblatos para nuestra misión con los laicos

72. Las Constituciones y Reglas recuerdan el papel singular de la misión de los laicos en la Iglesia y nos animan a trabajar para su realización (R 6). Para responder a esta llamada, recordamos los valores oblatos siguientes:

- disponibilidad en el servicio a la Iglesia local, según nuestro carisma oblato (C 6);
- cercanía a la gente con la que trabajamos (C 8);
- entrega para servir a los pobres con y por los pobres (R 9).

Posturas

73. A la luz de lo que precede, los Oblatos están llamados a comprometerse más a fondo en

promover la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. Esto implica el estudio y la puesta al día de nuestra teología del laicado, en particular lo que concierne al bautismo y al sacerdocio real de los fieles (LG 34-36).

74. Se trata igualmente para nosotros, Oblatos, de convertirnos, pensamiento, corazón y acción y de manifestar más confianza y apertura, estar dispuestos a compartir atribuciones y responsabilidades con el laicado.

75. Se trata además de respetar siempre más el papel primordial e irremplazable de los bautizados en todas las realidades de su vida cotidiana: sus relaciones interpersonales, sus compromisos sociales y políticos, su ambiente de trabajo, sus tiempos libres y de ocio, y especialmente su familia. Se trata también de respetar su papel específico en la comunidad eclesial, puesto que la evangelización incumbe a todo bautizado. En cuanto a nosotros, seguiremos ofreciendo nuestra aportación específica al mundo: la palabra y los sacramentos.

76. Tomaremos en serio y pondremos en práctica la apertura dada por la Regla 27 que habla de nuevos modos de asociación a la Congregación. Esta posibilidad se dirige en primer lugar a los laicos que manifiestan simpatía especial por nuestro carisma oblato.

Recomendaciones

77. En nuestras obras, nuestras parroquias, nuestras actividades misioneras, estaremos siempre

más dispuestos a trabajar en colaboración con los laicos. Buscaremos con ellos formas nuevas de evangelización adaptadas a las necesidades del mundo de hoy.

78. Estimularemos y urgiremos incluso a los laicos a ocupar el lugar que les corresponde allí donde se toman las decisiones en la Iglesia: consejos de pastoral, comités de finanzas, oficinas de planificación pastoral.

79. Estaremos atentos a las aspiraciones y reivindicaciones de la mujer en cuanto a su lugar y papel en el mundo y en la Iglesia. Favoreceremos su participación en las instancias de decisión en el ministerio pastoral y la misión.

80. En la medida en que lo permita la legislación de la Iglesia, asociaremos de buen grado en nuestras actividades apostólicas a los antiguos Oblatos y sacerdotes laicizados que estuvieran dispuestos a servir a la Iglesia en colaboración con nosotros.

81. Apoyaremos la participación de los laicos en los organismos activos en la transformación de la sociedad. Varios de estos organismos, como asociaciones de barrio, organizaciones comunitarias y cívicas, asociaciones profesionales, movimientos populares, sindicatos o partidos políticos, son vehículos de auténticos valores evangélicos. En este mismo campo, el ministerio de los Hermanos puede encontrar un lugar privilegiado.

82. Los valores evangélicos apenas pueden penetrar en los medios de comunicación social a

no ser que los laicos estén ahí presentes. Animaremos a cuantos pueden, por su posición o su profesión, tener influencia en la prensa, la radio o la televisión, a hacer de esto su principal apostolado.

83. No vacilaremos en poner nuestros recursos al servicio de los laicos cuya actividad misionera se ejerce en el corazón del mundo. Abriremos nuestros seminarios, nuestras casas de retiro y salas parroquiales a los laicos que quieran reunirse, sea para llegar a comprender mejor la sociedad o para profundizar en su espiritualidad propia.

84. Nuestra vida religiosa se enriquecerá en el trabajo, la convivencia y la celebración con los laicos. Estas actividades comunes son un lugar privilegiado de formación y de evangelización mutuas. Favorecen igualmente la elaboración de una espiritualidad encarnada, uniendo Evangelio y vida, fe y compromiso.

85. Deseamos que se establezca una estructura, o al menos un acuerdo, para facilitar el intercambio de misioneros laicos a través del mundo oblato.

V - MISIÓN EN LA IGLESIA

Experiencia oblata en la Iglesia de hoy

86. La vida de la Iglesia y del mundo de hoy está marcada por un cambio constante que se refleja también en nuestra vida y nuestro ministerio de Oblatos. El Concilio Vaticano II, en particular, y los acontecimientos que siguieron, han profundamente modificado la vida de la Iglesia. Esta última ha logrado con esto una comprensión más completa de sí misma. Como consecuencia, también nosotros, Oblatos, nos comprendemos mejor y vemos más claramente el lugar que Dios nos reserva en la Iglesia al servicio del mundo.

87. Viviendo en diálogo con el mundo, reconocemos la llamada a responder de forma creativa a nuevas necesidades. En nuestro esfuerzo por corresponder como Iglesia a esta llamada, experimentamos algunas tensiones. Algunas proceden de la naturaleza misma de la Iglesia, Pueblo de Dios en marcha, Cuerpo de Cristo que va hacia la plenitud consumada (LG 48). Otras provienen de situaciones particulares y de problemas contingentes. Así, por ejemplo:

- maneras diferentes de comprender a la Iglesia llevan a prácticas pastorales diferentes

que no siempre tienen la aprobación unánime;

- opiniones divergentes sobre la manera de ejercer la autoridad en la Iglesia son fuente de malestar para muchos, lo mismo que la búsqueda de estructuras nuevas para la toma de decisiones;
- algunos Oblatos ponen de relieve nuestro papel profético y su dimensión crítica, lo que lleva a otros a interrogarse sobre nuestra fidelidad a la Iglesia.

88. Cambios y tensiones no son solamente cosa de la comunidad eclesial; se encuentran también en la sociedad global. En efecto, el contexto político, económico y cultural es sin cesar remodelado y no podemos siempre hacer fácilmente los ajustes necesarios. Además, algunas situaciones políticas tienen incidencias serias en la vida de la Iglesia y la misión oblata. Piénsese en esos regímenes de dictadura, de derecha o de izquierda, en que a menudo se persigue a la Iglesia; las opciones pastorales no se toman ahí sin riesgos o rupturas. Por último, la misma gente a la que atendemos se ve afectada por los cambios sociales: debilitamiento de la institución familiar, por ejemplo, o la dureza de la situación económica. Su relación con la Iglesia y su enseñanza se ve por lo mismo afectada.

89. Aceptando el hecho de que cambios y tensiones corren parejas, afrontaremos esta situación con la confianza del Evangelio, viendo ahí una prueba que puede ser fuente de crecimiento, una ocasión de experimentar una

vida nueva bajo la guía del Espíritu Santo. A fin de discernir los caminos de Dios en estos tiempos, permaneceremos abiertos al Espíritu que nos habla a través de las necesidades del Pueblo de Dios, la experiencia de la Congregación y las interpelaciones del Papa y de los obispos.

Valores oblatos

90. Si nuestra Congregación existe, se debe a que el beato Eugenio de Mazenod ha profundamente amado a la «Iglesia, preciada herencia que el Salvador adquirió a costa de su sangre». Ese mismo amor por la Iglesia es uno de los rasgos esenciales del Oblato. «Por amor a la Iglesia, los Oblatos cumplen su misión en comunión con los pastores que el Señor ha puesto al frente de su pueblo» (C 6).

91. Podemos superar las tensiones que experimentamos en la Iglesia y en el mundo volviéndonos a la cruz de Cristo, signo de esperanza y llamada a vivir el misterio pascual. El Fundador nos da el ejemplo de una fidelidad a la Iglesia capaz de sobrellevar el sufrimiento. Para él, la renovación de la Iglesia pasa en primer lugar por la conversión personal.

92. Tenemos un servicio propio en la Iglesia: «Anunciar a Cristo y su Reino a los más abandonados» (C 5). Ponemos empeño también «en fundar comunidades cristianas... responsables del propio crecimiento» (C 7).

93. Realizamos nuestro servicio en la Iglesia a través de una gran variedad de ministerios: el ministerio sacerdotal, que es esencial a nuestro carisma, y otros muchos servicios para los que, Padres y Hermanos, nos hemos unido en la misma comunidad apostólica y ligado por los mismos votos.

94. Llamados siempre a caminar, sacaremos fuerzas para ser fieles a nuestro carisma en la apertura ilusionada a nuevas formas de ser misioneros.

Nuestro servicio en la Iglesia

95. Por nuestro amor a la Iglesia y a los pobres nos comprometemos de por vida en la misión.

96. Queremos participar en el esfuerzo de la Iglesia que, bajo la guía del Espíritu, trata de renovarse continuamente.

97. Nuestra fidelidad a los valores del Reino puede llevarnos a tomar posturas críticas dentro de la comunidad eclesial. Lo haremos con respeto y con fines constructivos.

98. Queremos ser hombres de diálogo, coordinando nuestra actividad misionera con la de los demás obreros del Evangelio.

99. A pesar de la disminución de nuestro personal estaremos atentos a las peticiones del obispo y a las necesidades pastorales de la

diócesis. Responderemos a las mismas en la fidelidad a nuestro carisma: movilidad misionera, trabajo por los pobres y los más abandonados y deseo de vivir en comunidad apostólica.

100. Las dificultades experimentadas en la Iglesia no pueden hacernos olvidar los graves problemas del mundo de hoy: necesidad de la fe y del sentido de la vida, lucha contra la pobreza, construcción de la paz, acogida a los refugiados, distribución de los recursos, reducción de armamentos, defensa de los derechos humanos, desconcierto de los jóvenes sin esperanza.

Recomendaciones

101. Recomendamos que cada Provincia establezca prioridades misioneras teniendo en cuenta el carisma oblato y las necesidades locales. Dichas prioridades, acompañadas de criterios precisos, facilitarán las opciones apostólicas y permitirán justificarlas si es necesario.

102. Mantendremos estructuras de diálogo con los obispos, lo que nos permitirá estar despiertos a las necesidades de la Iglesia local y también dar a conocer las exigencias de nuestro carisma.

103. Las necesidades de las diócesis nos han llevado y seguirán llevándonos todavía a aceptar parroquias. En este ministerio, mantendremos nuestro espíritu misionero:

- centrando nuestra atención en los pobres y los marginados;
- favoreciendo el acceso de los laicos a mayores responsabilidades;
- poniendo el acento en la reevangelización de los cristianos indiferentes o separados de la Iglesia;
- manteniendo viva la preocupación por la justicia social.

104. Incluso en las Provincias marcadas por la edad, los Provinciales se esforzarán por cultivar en todos la disponibilidad a aceptar nuevos ministerios.

105. En varios campos de misión vamos codo a codo con otras Iglesias cristianas. Procuraremos mantener con ellas vínculos de colaboración, sea para la pastoral o para actividades de desarrollo humano. Recomendamos a los Oblatos comprometerse más en el diálogo ecuménico y participar así en el ministerio de la reconciliación.

106. Allí donde la proliferación de las sectas amenaza la fe de los fieles, ayudaremos a los cristianos a adquirir una comprensión adulta de su fe y expresarla en celebraciones estimulantes.

107. Recomendamos a cada Oblato someter al discernimiento de su comunidad sus proyectos y objetivos apostólicos a fin de obtener el apoyo fraternal. Prestaremos apoyo particular a los Oblatos que estén en dificultad o sean incluso perseguidos a causa de su fidelidad al Evangelio.

108. Dada su importancia para nuestra identidad oblata, debemos proseguir una reflexión teológica sobre la vida religiosa apostólica y el ministerio ordenado en la Iglesia.

VI - MISIÓN EN COMUNIDAD APOSTÓLICA

Comunidad oblata

109. La vida comunitaria es una dimensión esencial de nuestra vocación. El informe de los jóvenes oblatos al Capítulo nos lo recuerda de nuevo. La vida comunitaria, para nosotros Oblatos, no es únicamente necesaria para la misión, ella misma es misión y al mismo tiempo signo cualitativo de la misión de la Iglesia. Tratando de circunscribir la vida oblata tal como se vive en la hora actual, cuatro cuestiones nos han parecido merecer consideración particular:

110. *Vínculo entre misión y comunidad* - En el transcurso de los veinte últimos años, hemos dejado varias grandes obras que agrupaban cada una un significativo número de Oblatos unidos por un mismo objetivo apostólico. Hoy, muchos de nuestros ministerios están individualizados. El vínculo entre comunidad y misión es menos claro. La comunidad se expone así a perder fuerza, y la misión su sostén.

111. *Espiritualidad aún en estudio* - Hay aún demasiada separación entre ministerio y oración. La oración no está bastante alimentada por la vida misionera y la misión es insuficientemente vivida como alabanza a Dios. Este dualismo empobrece a la oración y al ministerio; es igualmente para muchos fuente de frustración.

112. *Influjo de la sociedad* - El dinero es factor tan importante en la vida de todos los días que es imposible no experimentar sus efectos. Nos es fácil acostumbrarnos a un estilo de vida cómodo; de hecho, vivimos a veces mejor que la mayoría de la gente a la que atendemos. Con eso nuestra credibilidad se resiente lo mismo que el testimonio de nuestra vida.

113. *Dificultades inherentes a la vida comunitaria* - Hay, en el conjunto de la Congregación, un deseo de renovación de la vida comunitaria. Dicha renovación no es sin embargo fácil. Persisten los obstáculos: individualismo, activismo, falta de iniciativa, cansancio o simplemente las limitaciones humanas de cada individuo.

Valores evangélicos y oblatos

114. Tras haber reconocido estos obstáculos para la vida comunitaria, conviene releerlos a la luz del Evangelio y de la tradición oblata.

115. *Misión y comunidad* - La Constitución 37 — expresando la herencia histórica del Fundador — pone en evidencia los lazos que unen entre sí comunidad y misión. La Constitución 77 abre las puertas a otras formas de comunidad, especialmente la comunidad de distrito.

La reflexión teológica y nuestra experiencia oblata muestran que la comunidad es misionera: es don de Dios, signo de la potencia del Espíritu que transforma los corazones y suscita una forma de vida social conforme al Evangelio; así es palabra para el mundo de hoy. La reflexión teológica muestra también que la misión es comunitaria: no pertenece a los individuos, sino que es misión como Iglesia que continúa la misión de Cristo. Así pues, quien envía es la comunidad, y la misión, recibida en obediencia y garantizada por la perseverancia. El misionero da cuenta a su comunidad y a sus superiores, y con ella da las gracias.

116. *Espiritualidad apostólica* - Si nuestra espiritualidad oblata está todavía en estudio, cuenta, sin embargo, con adquisiciones indiscutibles. Por nuestras vocación, estamos llamados a seguir las huellas de los Apóstoles, «nuestros primeros Padres» y, como ellos, a dejarlo todo para seguir a Jesús en su misión.

117. Para Pablo, Apóstol de los gentiles, la obra misionera es el culto espiritual que Jesús resucitado ofrece a Dios su Padre en el Espíritu (Rom. 15, 16) y la ofrenda de la vida del Apóstol se inscribe en la ofrenda de la comunidad cristiana (Flp. 2, 17).

Él ve al mundo como el lugar donde se realiza la salvación por la acción de Dios.

118. Siguiendo a los Doce y a Pablo, reproducimos los rasgos del hombre apostólico: apertura a los signos de los tiempos, disponibilidad, proximidad a la gente, amor a la Iglesia universal, espíritu fraternal.

119. Algunos símbolos y tradiciones nos son propios: la cruz de nuestra oblación, algunas oraciones oblatas, fiestas y acontecimientos, como el envío a misión, que celebramos con una solemnidad particular.

120. Un aspecto particular de nuestra relación con la Virgen María, en nuestra vida y en nuestra oración, viene expresado en las palabras de nuestro Fundador, conservadas en todas las ediciones de las Constituciones: «La tienen siempre por Madre» (C 10).

121. *Vida sencilla y pobre* - A la seducción de la sociedad de consumo contraponemos nuestra pobreza, puerta de entrada del Reino (Mt. 5, 3). No hemos de buscar seguridad ilusoria en la posesión de bienes materiales, ni en la elección de este trabajo o de aquel ministerio. Nuestra seguridad, nuestra riqueza es una comunidad abierta a Dios, a nuestros hermanos oblatos y a los demás.

122. *Conversión personal y comunitaria* - Como han repetido varias veces los capitulares siguiendo las huellas del Fundador, nuestras comunidades sólo serán verdaderamente misioneras si cada uno de nosotros se pone en la disponibilidad total que nos hace «servidores de todos» (C 25).

Posturas

123. El contexto de nuestras sociedades y las exigencias de la misión nos llevan a afirmar más que nunca la importancia de la vida comunitaria en relación con la misión, en conformidad con la intuición de nuestro Fundador expresada en nuestras Constituciones y Reglas.

124. Estamos convencidos de que nuestras comunidades deben ser misioneras en virtud de su ser y por la calidad de sus relaciones y ser prueba así ante el mundo de la potencia del Evangelio. Los ancianos y los enfermos, por su oración y sus pruebas, participan en la obra de evangelización.

125. Hemos apenas comenzado a descubrir nuestras Constituciones y Reglas. Es importante que prosigamos incansablemente su estudio y meditación para que sean cada vez más para nosotros fuente de vida y vínculo de unidad.

Recomendaciones

A escala de la Congregación

126. Recomendamos a la «Asociación de estudios e investigaciones oblatos» incluir en su programa un estudio sobre la espiritualidad misionera, tal como se refleja en la experiencia de los Oblatos desde los tiempos del Fundador.

127. Que compartamos nuestra espiritualidad con los miembros de la A.M.M.I., ya que nos están unidos de una manera especial.

A nivel de la Provincia

128. Que se elaboren programas de reflexión para los encuentros de comunidades y de distritos.

129. Que cada Provincia trate de elaborar uno u otro proyecto apostólico común que pueda unir a los Oblatos en la prosecución de un mismo objetivo.

130. Que cada Oblato reconozca el papel del Provincial en los asuntos que tienen que ver con la pobreza y acepte ser interpelado cuando hay abusos que afecten la vida de comunidad.

131. Que el Provincial valorice la comunidad de distrito como verdadera comunidad oblata teniendo un fin particular.

132. Los programas y demás actividades para la formación de los superiores y animadores, organizados en las Provincias, son esenciales para formar comunidades.

133. Que cada Provincia se preocupe de ayudar a los ancianos y los enfermos a vivir con serenidad su misión particular.

A nivel local

134. Además del retiro mensual, cada comunidad pondrá los medios para compartir de forma regular su fe, su oración y su experiencia

apostólica, de tal forma que cada Oblato tenga el apoyo de su comunidad en su ministerio y tome más conciencia del aspecto comunitario de su apostolado.

135. Que cada comunidad revise periódicamente su nivel de vida en relación con el entorno en que está inserta.

136. Que la comunidad reflexione sobre la acogida que dispensa, o podría dispensar, a los hermanos oblatos, a los vecinos y a los pobres.

A nivel personal

137. Que cada Oblato establezca su programa de formación permanente y lo someta al discernimiento de su comunidad.

VII - NUESTRA MISIÓN Y SU FUTURO

138. Tras un período de búsqueda y de titubeos, la Congregación está mostrando más confianza en su misión, y nuevos proyectos se están abriendo paso. ¿Qué tipo de hombre apostólico se va a necesitar para responder a los desafíos actuales, para vivir según esta perspectiva nueva? ¿Cómo podemos llegar a ser tales? ¿Cómo entusiasmar a otros a compartir nuestra tarea? ¿Cómo prepararlos a proseguir nuestro trabajo de forma creativa?

139. No pretendemos responder de manera exhaustiva a estas importantes preguntas. Queremos simplemente reagrupar aquí las reflexiones que hemos hecho sobre la formación permanente, el despertar de las vocaciones y la formación primera en el transcurso de nuestras conversaciones sobre nuestra misión en el hoy del mundo.

Formación permanente

140. Para poder responder a las exigencias de la misión, cada Oblato necesita renovarse continuamente en su vida espiritual y su ministerio.

141. Una espiritualidad adaptada a nuestra condición de misioneros nos permitirá estar presentes a los hombres de hoy, experimentar sus dudas y temores y ser, entre ellos, artífices de paz y testigos de la serenidad de Cristo. Esta espiritualidad se funda en la contemplación de Cristo siempre disponible ante las necesidades de aquellos que encontraba y en su oración silenciosa y prolongada en presencia de su Padre (Lc. 5, 15-16).

142. La renovación para el ministerio exige el estudio continuo de la Palabra de Dios y de la teología, la reflexión sobre nuestro apostolado y la profundización del carisma oblato.

143. «El lugar normal de la formación oblata es una comunidad apostólica, en que todos los miembros están comprometidos en un proceso de evangelización recíproca» (C 48). Esto pone de relieve la importancia de la vida de comunidad descrita en la sección anterior de este documento.

144. En sus primeros años de ministerio, los Oblatos necesitan ser guiados para integrar experiencias nuevas diferentes sin caer en la dispersión. Los Oblatos de más edad por su parte, pueden necesitar reciclarse para encargarse de nuevos ministerios. Algunos necesitarán preparación para la jubilación.

145. La formación permanente es un terreno en que las Provincias pueden ayudarse intercambiando programas y formadores.

Vocaciones

Pastoral vocacional

146. ¿Por qué llamar a otros a venir con nosotros?

- porque creemos en un Dios que quiere salvar a todos los hombres;
- porque creemos en el Espíritu de Jesús vivo en el corazón de los jóvenes;
- porque deseamos de verdad dar a conocer a Cristo Salvador a aquellos que no han oído aún hablar de él;
- porque la misión de los Oblatos ha dado prueba de su valer y la sigue dando hoy.

147. Hemos de presentar todas las dimensiones de nuestra vocación misionera: consagración religiosa, servicio sacerdotal, valor propio de la vocación del Hermano Oblato.

148. Convencidos de que toda vocación es don de Dios, rogaremos y haremos que otros rueguen «al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt. 9, 38).

Nuestra actitud con los jóvenes

149. Nos esforzaremos en acoger a los jóvenes y ayudarles a crecer en Cristo. Nuestras comunidades les estarán abiertas para la oración común, la convivencia y participación en algunos de nuestros trabajos. Sepamos tomarnos tiempo para escucharlos.

150. Iremos, aunque cueste, al encuentro de los jóvenes marcados por la secularización. Su aparente indiferencia religiosa no nos ocultará

su búsqueda de un sentido profundo a su vida. Tal vez nuestro estilo de vida pueda despertar y orientar su entusiasmo.

151. Los jóvenes quieren encontrar hombres que viven lo que predican. En nosotros está ser Oblatos auténticos en nuestra vida y nuestro ministerio.

Discernimiento de las vocaciones

152. Es deber nuestro evaluar seriamente la aptitud de los que se sienten llamados a venir con nosotros, ayudarlos a discernir su llamada como sacerdote o como hermano, y apoyarlos en su opción.

153. Tradicionalmente la familia cristiana constituye un ambiente favorable para el desarrollo de las vocaciones. Hoy sin embargo, muchos candidatos nos vienen de hogares deshechos, increyentes o poco convencidos. En estos casos, es necesario un discernimiento serio.

154. Antes de la aceptación en el noviciado, deben colmarse las lagunas de la formación cristiana, para que los candidatos capten bien la opción que están llamados a hacer.

155. «El apostolado en favor de las vocaciones concierne a todos los Oblatos» (R 38), pues tenemos todos la responsabilidad de nuestra misión y de su futuro.

Formación primera

Objetivo

156. «El objetivo de la formación primera es asegurar el crecimiento de aquellos que Jesús llama a ser plenamente sus discípulos, para que adquieran la madurez religiosa y sean capaces de asumir la misión oblata» (C 50).

Formación adaptada

157. El grado de educación, de instrucción religiosa, de experiencia de la vida varían mucho de un candidato a otro, lo que exige, más que nunca, una formación adaptada a las necesidades personales de cada uno.

158. Los jóvenes de hoy, en general, se sienten espontáneamente atraídos por la vida en común. Éste es un excelente punto de partida para hacerles descubrir lo que es una comunidad apostólica. Por otra parte, debemos prevenirles contra una concepción demasiado sentimental de la vida en común.

Estudios

159. Además de garantizar a nuestros estudiantes una sólida formación teológica y filosófica, debemos abrirles otros campos de conocimiento que les preparen a ser misioneros hoy:

- para ser misioneros con los pobres: estudio de la doctrina social de la Iglesia;
- para anunciar a Jesucristo al mundo de hoy: reflexión sobre el hombre secularizado

e iniciación técnica en los medios de comunicación;

- para servir a la Iglesia dondequiera que sea, según la urgencia de las necesidades: estudio de la misiología, reflexión sobre las culturas, estudio de las lenguas, análisis de la situación de la Iglesia en diferentes países y mirada a los compromisos de la Congregación en el conjunto del mundo;
- para colaborar con las fuerzas vivas en el servicio de la fe: estudio de la teología del laicado, del ecumenismo, de las grandes religiones no cristianas.

Experiencia, como elemento de la formación

160. Para una experiencia concreta de la pobreza, nuestras casas de formación estarán situadas, dentro de lo que cabe, en ambiente pobre y se caracterizarán por un estilo de vida sencillo.

161. La iniciación pastoral forma ahora parte de nuestros programas normales de formación. Es provechosa, sobre todo, si lleva al estudiante a evaluar su experiencia en diferentes etapas y ésta es aleccionadora.

Formadores

162. La formación es un verdadero ministerio al que los formadores deben consagrar todas sus

energías. Pondrán empeño en estar disponibles para acompañar a los candidatos en su itinerario. Serán entre ellos modelos del ideal oblato.

163. Para prepararse a su tarea, es indispensable experiencia pastoral previa. Es bueno que mantengan cierta actividad pastoral en la medida en que ésta no los aparta de su responsabilidad primera.

164. Desde hace varios años, la formación académica se imparte, casi en todas partes, fuera de nuestros escolasticados. Es deseable que formadores oblatos formen parte del personal docente en las facultades donde estudian nuestros jóvenes oblatos.

165. En muchos lugares de la Congregación, el número de los formadores es insuficiente. Por esta razón, la preparación de personas para este apostolado es de primera importancia. Es, pues, urgente para cada Provincia ser fiel a esta prioridad.

CONCLUSIÓN

166. Las consideraciones, posturas y recomendaciones anteriores reflejan nuestra visión actual del mundo a evangelizar y nuestras convicciones apostólicas. No las presentamos, sin embargo, como la última palabra sobre los desafíos que afrontamos, ni sobre las respuestas que han de darse a los mismos. Muy al contrario, creemos que no son sino una etapa de toma de conciencia comunitaria.

167. Estas páginas sólo tendrán valor si sirven de aliciente en un proceso de reflexión de la Congregación toda entera. Estamos todos invitados a una reflexión común, para llegar a estrategias misioneras concretas y a una conversión personal y comunitaria.

168. Estamos convencidos de que una renovación misionera, capaz de responder a las necesidades del mundo de hoy, puede realizarse en la Congregación. Esta convicción se basa en la esperanza cumplidamente manifestada en los informes de las Provincias al Capítulo. Se basa igualmente en el clima de nuestros encuentros como Capítulo: clima de fe en Cristo Salvador, de confianza en la vitalidad de nuestro carisma y de solidaridad en nuestra actividad misionera.

169. El Beato Eugenio de Mazenod nos comunique su amor por Cristo, la Iglesia y los pobres. La Virgen María nos inspire su disponibilidad a las llamadas de Señor. Con su ayuda y protección, podremos llegar a ser realmente misioneros en el hoy del mundo.

Vuestros hermanos en Capítulo

Roma, octubre de 1986

2.
ALOCUCIÓN DE JUAN PABLO II A LOS MIEMBROS DEL XXXI CAPÍTULO GENERAL

(2 de octubre de 1986)

Queridos hijos del Beato Eugenio de Mazenod,
y miembros del XXXI Capítulo general:

Sabiendo que representáis a casi seis mil religiosos consagrados a la evangelización, especialmente entre las poblaciones desheredadas, experimento gran consuelo eclesial al recibiros. ¡El Señor presida nuestro encuentro tan propicio a la comunión de espíritus y corazones!

1. Me dirijo en primer lugar al que acabáis de elegir como nuevo Superior General, Padre Marcello Zago, del que he apreciado el buen trabajo en el Secretariado para los creyentes no cristianos. A él van mis deseos de muy fructuoso servicio a los Misioneros Oblatos de María Inmaculada. En nombre de la Iglesia, me creo igualmente en la obligación de dar las más expresivas gracias al Padre Fernand Jetté. Todos saben que no ha escatimado esfuerzo alguno en dar nuevo impulso evangélico a la gran familia oblata. Ojalá su salud le permita aún mucho tiempo servir a su querida Congregación, que, según él, parece — en cierto sentido — «comenzar su obra, tan inmensa es la tarea que se abre ante ella, aún más extensa y más difícil que en tiempos del Fundador.»

2. El Capítulo de 1980 llamaba a todos los Oblatos de María a interiorizar las Constituciones y Reglas que acababa de poner al día, y, por lo tanto, a comprometerse en un camino de nueva conversión. Tras dos decenios, que han visto a muchos Institutos religiosos interrogarse y multiplicar las experiencias, a veces más allá de lo prudencial, se ha poco a poco vuelto a las fuentes primeras, a una relectura serena y profunda del carisma de los fundadores. Vosotros

mismos, queridos hijos de Mons. de Mazenod, experimentáis el gozo de una identidad mejor percibida y mejor vivida, aun cuando queda camino por recorrer.

El Capítulo de 1986, cuyo tema es «la misión del Oblato en el mundo de hoy» me parece en la línea del anterior y me hace pensar en el adagio escolástico operatio sequitur esse. Me ha sido grato echar una mirada a los trabajos preparatorios de este Capítulo. He notado una convergencia manifiesta de las diferentes regiones de la Congregación hacia un trabajo misionero comunitario más netamente consagrado a las poblaciones desfavorecidas, incluso a costa de sacrificar compromisos más personales. Esta primera convergencia hace aparecer otra, a saber, la acentuación o incluso la recuperación de una verdadera vida comunitaria, transparente, fraternal, gozosa, abierta, y, por consiguiente, generadora de fervor para vuestra vida religiosa y apostólica.

Desde hace 160 años, los Oblatos de María Inmaculada han por su parte escrito un maravilloso capítulo de la historia misionera de la Iglesia contemporánea, del Gran Norte al Ecuador. Permitidme citar la gran figura de Mons. Vidal Grandin en el pasado, y al valiente Presidente de la Conferencia episcopal de África del Sur, Mons. Hurley, en nuestros días. Doy gracias a Dios de sentir que hoy un gran número de Oblatos, deseosos de entusiasmar a todos sus hermanos, quieren captar de lleno el ideal que llevó a su beato Fundador a una aventura evangélica misionera cuyo sorprendente desarrollo no osaba él imaginar por los mil obstáculos encontrados en su camino.

3. Esta «misión oblata» se desarrolla ahora en lugares, y en un contexto cultural que ya no son los de Provenza y de las primeras misiones ad gentes en tiempos de Mons. de Mazenod. Desgraciadamente, el mundo moderno engendra nuevas miserias y nuevos pobres. ¿Quién va a darnos estadísticas exactas de las personas aisladas, de las familias, de las poblaciones víctimas de las incesantes mutaciones socio-económicas y culturales, inmersas en problemas que las sobrepasan, desanimadas por injusticias insoportables, hasta el punto de perder el sentido y gusto por la vida? ¡Hijos de Eugenio de Mazenod, cuyo celo por el anuncio del Evangelio ha sido comparado al viento del mistral, herederos de un linaje casi bisecular de Oblatos apasionados por Jesucristo, dejaos más que nunca atraer por las muchedumbres inmensas y pobres de las regiones del tercer mundo, como por este cuarto mundo occidental estancado en la miseria y a menudo en la ignorancia de Dios!

4. Las síntesis de los trabajos preparatorios para este Capítulo ponen también de relieve una condición sine qua non de la vitalidad de la Congregación, a saber, que los Oblatos estén como empuñados, habitados por la espiritualidad del Fundador. Todos recordáis la gracia, sin duda de orden místico, concedida a Mazenod el Viernes Santo del año 1807. Su contemplación de la Pasión ensangrentada de Cristo fue determinante. Lo impulsó irresistiblemente a los pobres de Provenza y más tarde, mediante su episcopado en Marsella, a los pobres del mundo entero. La pregunta fundamental que él hace hoy a todos sus hijos, por la voz del Sucesor de Pedro, es breve y conmovedora: «¿Está Jesucristo realmente en el centro de vuestra vida?...»

5. Este fervor de cada Oblato y de cada comunidad es la clave del problema de las vocaciones. ¿Cómo vendrían jóvenes a llamar a la puerta de comunidades mediocres, extraviadas en el secularismo? En los últimos cinco años, la Congregación ha recibido notable impulso a través de las implantaciones de Polonia, Italia, Lesotho, Zaire. Habéis duplicado el número de vuestros novicios y escolásticos entre 1981 y 1986. Procurad también llamar no sólo a la vida misionera oblata en el ministerio presbiteral, sino también en el servicio bien preparado y muy valioso de Hermano Oblato. Seguid asociando ampliamente el laicado cristiano a vuestras tareas de evangelización de los pobres. Sabed escuchar la voz de la joven generación oblata. Por cierto, los jóvenes no pueden tener la sabiduría de los ancianos. Con todo, sus aspiraciones, cuando son generosas y juiciosamente alentadas, constituyen una gracia de renovación para los Institutos religiosos. No puedo menos de alentar muy vivamente al Consejo general y a los Provinciales a dar a todos estos jóvenes una formación filosófica y teológica, espiritual y pastoral, de gran calidad y en total armonía con el Magisterio de la Iglesia. Diciendo esto, pienso, en efecto, que vuestra Congregación, como tantas otras, está llamada a responder a un formidable desafío: el de decir Jesucristo al hombre de hoy, tan fácilmente deslumbrado por la ciencia y la técnica y víctima de un materialismo engañoso y aniquilador. Dondequiera que estéis, en Europa, en América del Norte y del Sur, en África y en Asia, uníos más que nunca y cooperad al máximo entre regiones y provincias para anunciar a Cristo y su Evangelio liberador.

6. Quiero terminar esta conversación de familia

invitándoos a mirar de nuevo el lugar de la Virgen Inmaculada en vuestros vidas personales, vuestras comunidades y vuestro trabajo misionero. Recordáis que el beato Eugenio, después de haber decidido primero escoger el nombre de «Oblatos de San Carlos», tuvo después, en Roma, la intuición de un nombre diferente: «Oblatos de María». El 22 de diciembre de 1825, escribía al P. Tempier: «¡Oblatos de María! ¡Este nombre hace bien al corazón y al oído!» Sabéis también que el 15 de agosto de 1822, después de haber magníficamente ensalzado a la Madre de Dios en la iglesia de la Misión, situada en Cours Mirabeau de Aix, y haber bendecido una estatua de María Inmaculada, vuestro Fundador atribuía a esta Buena Madre una gracia singular: íntima seguridad de la excelencia de su sociedad y del bien que iba a hacer en el futuro.

Queridos hijos del beato Eugenio de Mazenod, ¡sed, siempre y en todas partes, los Misioneros Oblatos de María Inmaculada! Bajo su protección, tenéis la seguridad de no perder nunca ánimo y confianza, paz y alegría. Con gusto os doy mi Bendición Apostólica, extensiva a todos los Oblatos a quienes representáis.

ÍNDICE

1. Misioneros en el hoy del mundo . . p. 5

Introducción . . . . . » 7
I - Misión, pobreza y justicia . . . . » 10
II - Misión y secularización . . . . » 16
III - Misión e inculturación . . . . . » 24
IV - Misión con los laicos . . . . . » 30
V - Misión en la Iglesia . . . . . » 35
VI - Misión en comunidad apostólica » 42
VII - Nuestra misión y su futuro . . . » 49
Conclusión . . . . . » 56

2. Alocución de Juan Pablo II a los miembros del XXXI Capítulo general » 59

Finito di stampare nel mese
di febbraio 1987
dalla tipografia Città Nuova della P.A.M.O.M.
Largo Cristina di Svezia, 17
00165 Roma tel. 5813475/82